

Palestinian Village Histories. Geographies of the displaced

Rochelle A Davis

California: Stanford University Press, 2011, 231 pp.

Rochelle Davis es profesora asistente de antropología en el Centro de Estudios Árabes Contemporáneos de la Escuela Edmund Walsh en la Universidad Georgetown. La investigación de Davis se centra en los refugiados y los conflictos.

Palestinian Village Histories. Geographies of the displaced (Historias del pueblo palestino: geografías de la desposesión) está estructurado¹ en ocho capítulos, incluyendo las conclusiones. Su autora, Rochelle Davis, recurrió a técnicas historiográficas y etnográficas que fueron empleadas para analizar el contenido de 112 libros a través de los cuales se narran diversas historias de Palestina antes de 1948, año en que cuatrocientas aldeas fueron destruidas por Israel en su proceso de consolidación estatal. Los libros de las aldeas fueron escritos por hombres mayores que habitaron ese territorio, por personas que eran niños en esa época y que actualmente se desempeñan como educadores y por mujeres activistas. Estos libros se publicaron en las décadas de los ochenta y noventa con recursos de sus propios autores y, algunos de ellos, contaron con aportes de ONG y de una universidad. Rochelle Davis también recurrió a entrevistas realizadas a determinados autores de estos libros y a algunos refugiados y desplazados en Siria, Jordania, Líbano, Cisjordania, Gaza e Israel.

En este libro, Rochelle aborda uno de los fenómenos culturales y políticos más relevantes de los últimos años: la emergencia de la memoria como posibilidad de reflexionar y asignar sentidos a los pasados de violencia o represión, y en el caso concreto de Palestina, la memoria como posibilidad de preservación de un territorio despojado hace más de 63 años. La escritura de más de cien libros sobre la historia de vida en las aldeas, antes de 1948, en los que se rescatan los principales valores, la organización social, las estructuras de parentesco, los recursos culturales

para confrontar la guerra, las costumbres y creencias de este pueblo, tiene como propósito crear una narrativa histórica sobre quiénes eran, quiénes son y qué deben ser los y las palestinas, a pesar de no tener acceso a sus tierras y del exilio en el que viven. Así, los libros representan un tipo de conocimiento público que hace parte de los discursos de los derechos humanos, de la identidad y de la memoria.

El objetivo de Rochelle en este texto es analizar cómo las historias de las aldeas son escritas, recordadas y vividas en la actualidad, de ahí que se interese por entender cómo la gente sostiene y crea los significados de la memoria cuando ya no puede ni acceder físicamente a los lugares que habitaban. En función de esto, la autora hace énfasis en los sujetos y en los mecanismos en los que la política cultural alienta la recomposición subjetiva. Ella encontró que los autores de los libros sobre las aldeas usan las historias para comunicar y transmitir los valores culturales de un pueblo arrasado por la guerra, de un territorio geográfico al que no podrán regresar, pero sí mantener desde un universo simbólico y con el cual se consolida una identidad y un sentido nacional. Los libros recurren a la memoria como espacio de reconstrucción del tejido social y a través de ellos se resalta la voluntad política de los habitantes de Palestina a evitar ser borrados de la geografía nacional. La memoria se mantiene a través de los sentimientos de injusticia y de lo que se perdió. También se mantiene en el presente por la larga ausencia. De ahí que Rochelle plantee que el sentido de nación no fue destruido por el exilio, por la imposición israelí o la destrucción devastadora de las pertenencias materiales, sino que se mantiene por el traslado de sus prácticas culturales y simbólicas a los nuevos espacios en los que habitan. Ser palestinos es una adscripción nacional que posibilita una particularidad cultural dotada de sentido y acción, afirma la autora.

Desde la perspectiva de los autores de los libros, la memoria posee una autoridad que se encarna en ellos mismos en cuanto “nativos” y dueños de sus propias

¹ Dado que el libro se encuentra en inglés, la traducción que aparece aquí es propia.

experiencias de vida, son los mismos palestinos los que están llamados y los que tienen el derecho de narrar el pasado: ellos pudieron hacer públicas sus historias individuales y colectivas como una herencia necesaria para preservar el pasado y recordar que usan la autoridad de su propia experiencia para construir otro tipo de conocimiento acerca de ellos mismos y de Palestina. Además, para estos autores es fundamental escribir sus propias historias porque el proceso de expresión de la experiencia del pasado en un determinado lenguaje (escrito, oral) requiere traducirla a la estructura y al estilo que la audiencia pueda comprender. La gente organiza sus memorias en estructuras de conocimiento. Una vez las memorias individuales son contadas o convertidas en conocimiento públicamente aceptado, ellas toman un lugar en la comprensión colectiva del pasado.

Con base en estos postulados, Rochelle plantea que la memoria tiene rasgos selectivos y que la construcción de los relatos pasa por excluir e incluir una visión concreta del pasado. Ahora, estos historiadores palestinos tuvieron que enfrentarse al problema de transmitir una historia totalmente oral a un lenguaje escrito. Esto refleja que para los palestinos, contar relatos acerca de sus vidas, antes y después de la creación del Estado de Israel, ha sido y continúa siendo una tarea difícil, sin embargo, con estos libros, buscan encontrar caminos para legitimar sus experiencias dentro de los discursos nacionales. La reivindicación del territorio palestino y el fuerte arraigo por la tierra que aún mantienen a pesar del despojo al que fueron sometidos, representan los pilares de una identidad que se construye en una geografía de la desposesión y que caracteriza la vida actual de estos aldeanos refugiados en Jerusalén, Jordania, Líbano, Siria, Gaza e Israel. Para Rochelle, las historias de los libros no solo dan cuenta de la historia de las personas, sino también de las del lugar, ellas conectan las aldeas destruidas con la historia prenatal. Los autores de los libros cuentan sus historias para que las conozcan los aldeanos y se conecten ellos mismos en la exigencia de reclamar el territorio.

Finalmente, la autora plantea que la vida de los refugiados ha variado con el tiempo de acuerdo con las políticas gubernamentales en los países en los cuales ellos residen. A pesar de estas políticas y las nuevas for-

mas de vida a las que se enfrentan, los palestinos continúan con sus valores y costumbres, por supuesto, ampliando sus rasgos identitarios: “ellos han dado nuevos sentidos a los símbolos locales y nacionales y a la vida en la aldea”, han recreado y reorganizado sus aldeas en la diáspora. “La identidad de los palestinos se ha ampliado con la diáspora, porque también pasan a hacer parte de otros territorios”. Después de la expulsión en 1948, muchos de estos aldeanos intentaron retornar a sus territorios, algunos fueron asesinados en las fronteras. Entre 1950 y 1960, los refugiados enviaban cartas a sus familiares, en la actualidad, han encontrado en las nuevas tecnologías (la Internet), una posibilidad para conectarse con sus familiares y territorios.

Esta constante invasión del presente por los recuerdos y olvidos de los pasados recientes se puede enunciar como síntoma de una situación de época, en la que la memoria, aquel depósito de huellas vivas dejadas por los acontecimientos que han afectado el curso histórico y biográfico de individuos y grupos, adquiere una relevancia notoria en la comprensión del presente. Rochelle también nos muestra en este libro la complejidad de la dinámica de la memoria, la cual tiene al menos dos funciones que, en términos generales, pueden señalarse así: la primera nos acerca a la memoria en su condición de marco colectivo que permite la cohesión social y la reconstrucción del tejido social en contextos de guerra; la segunda función nos ubica en otro escenario, y es pensar el carácter político de la memoria, que implica reconocer la función y usos políticos del recuerdo y del olvido dentro de un campo social de luchas en donde el objeto de disputa son los significados del pasado.

Leer este libro resulta inspirador y estimulante, y más si como país (Colombia) estamos desde hace varios años asignando sentidos a los pasados y presentes violentos con el propósito de reconstruir proyectos de vida interrumpidos o gravemente afectados por el conflicto armado, así como con los objetivos de hacer público el dolor, denunciar las injusticias, dignificar a las víctimas y crear posibilidades para la reparación.

ANDRÉS CANCEMANCE LÓPEZ

*Investigador Grupo Conflicto Social y Violencia
Centro de Estudios Sociales, CES
Universidad Nacional de Colombia, Colombia*